

§ 157.

**El sacrificio de Cristo como satisfacción y merecimiento  
en representación de los hombres**

1. La muerte de Cristo no sólo es la victoria sobre los poderes antdivinos y el establecimiento del reino de Dios; es también *satisfacción y expiación*. Más aún: en tanto sirve a la instauración del reino de Dios en cuanto significa satisfacción y expiación. Dios

mismo ha realizado su santidad en la muerte de Cristo, restableciendo su dominio al reconocer Cristo la suprema voluntad del Padre y someterse a ella. El Padre se dió por satisfecho al representarse su justicia y santidad en Cristo. El satisfizo por todos, ya que su obra fué obra de la humanidad; lo que hizo lo hizo la humanidad de su Cabeza y lo que hace la cabeza lo hace también todo el cuerpo. Por eso, su obediencia y amor es amor y obediencia nuestros; su Muerte y Resurrección es nuestra resurrección y muerte; El lo realizó en lugar nuestro: *se ofreció como representante de todos*. Con El la humanidad estuvo en el Calvario en la presencia de Dios y se sometió al juicio del Padre. En El la humanidad satisfizo la justicia divina (En el § 161 se estudia más detenidamente por qué, a pesar de todo, la Redención no ocurrió naturalmente y por qué el amor y obediencia de Cristo no se derrama sobre los hombres como la luz o el calor, sino que más bien es, en cada uno, un acto de decisión y de fe que afecta lo más íntimo de la persona humana y, finalmente, por qué la redención de cada hombre en concreto no ocurre en él pasivamente.)

2. *Cristo expió y satisfizo por nosotros en la Cruz y mereció nuestra justificación*. Esta proposición fué definida por el Concilio de Trento no para determinar el misterio de la satisfacción y merecimiento, sino tratando del sentido del pecado original y de la justificación. Propiamente fué definido de modo marginal, junto a otras definiciones dogmáticas sobre otras cuestiones. Aunque no es dogma de fe, está muy cerca de serlo (*proximum fidei*). El Concilio de Trento, en la sesión 14.<sup>a</sup>, cap. 5, al tratar sobre el sacramento de la penitencia, explica: "Añádase a esto que al padecer en satisfacción por nuestros pecados, nos hacemos conformes a Cristo Jesús, que por ellos satisfizó (*Rom. 5, 10; I. Io. 2, 1-2*) y de quien viene toda nuestra suficiencia (*II Cor. 3, 5*), por donde tenemos también una prueba certísima de que, si juntamente con El padecemos, juntamente también seremos glorificados (cfr. *Rom. 8, 17*). A la verdad, tampoco es esta satisfacción que pagamos por nuestros pecados, de tal suerte nuestra, que no sea por medio de Cristo Jesús; porque quienes, por nosotros mismos, nada podemos, todo lo podemos con la ayuda de Aquel que nos conforta (cfr. *Phil. 4, 13*). Así no tiene el hombre de qué gloriarse; sino que toda nuestra gloria está en Cristo (cfr. *I Cor. 1, 31; II Cor. 2, 17; Gal. 6, 14*), en el que vivimos, en el que nos movemos (cfr. *Act. 17, 28*), en el que satisfacemos haciendo frutos dignos de penitencia, que

de El tienen su fuerza, por El son ofrecidos al Padre, y por su medio son por el Padre aceptados" (D. 904).

El undécimo Concilio de Toledo, del año 675, dice: "En esta forma de hombre asumido, concebido sin pecado según la verdad evangélica, nacido sin pecado, sin pecado es creído que murió el que solo por nosotros se hizo pecado (*II Cor. 5, 21*), es decir, sacrificio por nuestros pecados. Y, sin embargo, salva la divinidad, padeció la pasión misma por nuestras culpas y, condenado a muerte y a cruz, sufrió verdadera muerte de la carne, y también al tercer día, resucitó por su propia virtud, se levantó del sepulcro" (D. 286). Pío XI declara en la Encíclica *Miserentissimus Redemptor*, del año 1928: "La redención de Cristo ha sido sobreabundante y nos ha perdonado con exceso todos nuestros pecados; pero la divina sabiduría ha dispuesto las cosas de manera admirable, haciendo que suplamos nosotros en nuestra carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia (*Col. 1, 24*)..."

En la Encíclica *Ad diem illum*, del año 1904, con motivo del cincuenta aniversario de la definición dogmática de la Inmaculada, dice Pío X: "Esto no quiere decir que la concesión de estas gracias no corresponda propiamente y con derecho a Cristo; sólo por su muerte nos fueron alcanzadas. Con toda plenitud de poderes es el mediador entre Dios y los hombres; pero gracias a la comunidad de dolores y padecimientos entre el Hijo y la Madre, es una prerrogativa de ella ser la más poderosa mediadora y reconciliadora ante su Hijo unigénito. Cristo es, pues, la fuente, y de su plenitud todos hemos recibido (*Io. 1, 16*). Desde El el cuerpo se traba y une por todos los ligamentos que le nutren para la acción propia de cada miembro; desde El crece y se perfecciona en la caridad" (*Eph. 4, 16*). (Cfr. Bula, *Unigenitus Dei Filtus* del año 1343, D. 550.)

3. La *Escritura* nos atestigua esa satisfacción en lugar nuestro al decir que el Mesías cargó sobre sí nuestros dolores y padecimientos, que fué herido por nuestros pecados y azotado por nuestros crímenes (*Is. 53, 1-5*). El Hijo del Hombre entregó su vida como rescate para muchos, es decir, en lugar de muchos y para bien suyo. (*Mc. 10, 45*). Su sangre es derramada por muchos. Uno solo muere en lugar de los hombres y para salvación de ellos; aquellos por quienes se ofrece son muchos, son todos los hombres. Dios le hizo pecado por nosotros y le envió a la muerte en nuestro lugar (*II Cor. 5, 21*), y se ha ofrecido obedientemente a la vo-

luntad del Padre a causa de nuestros pecados para salvarnos de este mundo de perdición (*Gal.* 1, 4); ahora estamos fundados en El y llevamos su señal (*II Cor.* 1, 21). Dios ha revelado su justicia en El, víctima expiatoria por los pecados de todos (*Rom.* 3, 23-26).

4. *Testimonios de los Santos Padres.* Aunque la doctrina de la obra de Cristo como satisfacción ha sido más desarrollada por los Padres latinos y teólogos occidentales que por los Padres griegos (que acentúan la obra de Cristo en su aspecto de victoria sobre el demonio y el pecado), también ellos reconocen este carácter de expiación y satisfacción de la muerte de Cristo.

Cristo ha muerto y resucitado por nosotros (S. Ignacio, *A los Romanos*, 6, 1; *Trall.* 2, 1). Eusebio de Cesarea, en la *Exposición de los Evangelios*, dice: "Al llegar a lo perfecto... cesó lo antiguo y al mismo tiempo fué sustituido por un sacrificio mejor y más verdadero, que es Cristo, el Ungido de Dios, del que se profetizó desde el principio en los tiempos más antiguos que vendría a los hombres y que como un cordero sería sacrificado por todo el género humano. Así sería, según los profetas, el más grande y valioso rescate tanto para los judíos como para los paganos; sería la expiación de todo el mundo, la prenda de vida de todos los hombres, la hostia inmaculada por todas las manchas del pecado, el cordero de Dios, la oveja predilecta, el Cordero del que hablaron los profetas..." "No sólo hay una razón de la muerte de Cristo para quien quiera buscarla, sino muchas. En primer lugar —así nos lo enseña el Verbo—, el Señor debe estar sobre los vivos y los muertos; en segundo lugar, debe lavar nuestros pecados al inmolarse por nosotros y hacerse maldición en lugar nuestro; en tercer lugar, debía ofrecerse como Hostia de Dios y supremo sacrificio por todo el mundo; cuarto, tenía que destruir la oculta seducción del diablo; y quinto, con sus obras y no sólo con palabras y sermones despierta en sus amigos y discípulos la esperanza de vida divina después de la muerte, haciéndoles ver el Evangelio que les predica, consolando y animando, anunciando a todos los pueblos la vida nueva en el temor de Dios" (cfr. Leo v. Rudolff, *Zeugnis der Väter*, 178-79).

San Cirilo de Jerusalén, *Catequesis* 13.<sup>a</sup>, sec. 33; S. León Magno, *Sermón* 66, sec. 4, cit. por Breme, *Leo der Grosse*, 1935, 93; y *Sermón* 54 sec. 4; San Agustín, *Explicación del Salmo* 127, 3; Feuling, *Kath. Glaubenslehre*, 497-99.

5. Se ha tratado muchas veces de explicar *por qué impuso Dios el castigo y satisfacción por el pecado*. En último término es un misterio de Dios.

6. Cristo pudo dar una satisfacción *adecuada* (cfr. § 142) o mejor, *sobreabundante*, por ser Dios y hombre. El valor adecuado y sobreabundante del sacrificio de Cristo está testificado en los pasajes siguientes: *I Cor.* 6, 20; *I Pet.* 1, 18; *Rom.* 5, 20; *Eph.* 1, 7. Sólo El podía dar la satisfacción exigida por el Padre; como hombre que era, pudo someterse al juicio y justicia de Dios; como Dios, podía medir el horror del pecado y cargar con él. Como el pecado se dirige contra Dios, es tal su hondura que ningún hombre puede penetrar en ella. Sólo Cristo podía entenderlo, y por el "sí" obediente y amoroso dado al Padre, destruir la fuerza de su negación. La medida de su amor es adecuada y superior a la del pecado. La luz y ardor de su caridad es más fuerte que el poder de las tinieblas, en que el pecado había puesto al mundo.

Dios es ultrajado por el pecado (II, 1, 3). El pecado enturbia y desprecia la gloria de Dios; el mundo caído en pecado podía preguntarse, ¿cómo será Dios si ha creado este mundo? Con la muerte de Cristo se devolvió a Dios su gloria de manera sobreabundante: El mismo se reveló, en primer lugar, como amor y justicia invencibles al entregar su Hijo a la muerte (la muerte de Cristo es una revelación y realización de la gloria de Dios); fué reconocida su gloria además en la autoentrega de Cristo como Señor, Santo y Justo; más aún, como justicia y santidad personificados. La ardiente caridad de la Cruz apaga el odio y la mentira y así el creyente, liberado por Cristo de la ceguera espiritual, puede reconocer, a pesar de todo, que Dios su creador es la verdad y el amor. Ya no necesita dudar ni del mundo ni de Dios. Sólo la Cruz de Cristo puede librar de la desesperación y del nihilismo al que ve y siente fríamente el abismo del mundo.

Romano Guardini dice a este respecto: "Dios ha seguido al hombre, como nos lo describe la parábola de la oveja perdida y la de la dracma extraviada (*Lc.* 15), hasta el reino del abandono, de la nada maligna cuyas fauces se habían entreabierto a consecuencia del obrar del hombre. Dios no se limitó a dirigirle una mirada llena de amor, no se limitó a llamarle y atraerle, sino que descendió personalmente a las tinieblas, como nos dice plásticamente San Juan en el primer capítulo de su Evangelio. Desde aquel

momento hubo entre los hombres un ser que era Dios y hombre; puro como Dios, cargado de responsabilidad como los hombres.

El apuró hasta las heces el cáliz de la culpabilidad. El hombre que sólo es hombre no es capaz de ello. Es más pequeño que su pecado que ofende a Dios. Puede cometer el pecado, pero no puede tener conciencia de él con vivacidad equivalente a su terrible significado. No puede medir su importancia ni expiarlo. A pesar de ser él quien lo ha cometido, no puede incorporarlo a su vida ni repararlo viviendo. Se turba, se aniquila, se desespera, pero es impotente ante él. Sólo Dios puede dominar el pecado. Sólo El es capaz de penetrarlo, medirlo y juzgarlo. Su juicio haría justicia al pecado, pero el hombre que lo ha cometido quedaría anonadado. La "gracia" estriba en que Dios ha querido hacer justicia al salvar al hombre; estriba en que ha querido amar. Dios se ha hecho hombre, y así ha surgido un ser que ha realizado la igualdad divina con el pecado en la existencia humana. Dios ha saldado cuentas con el pecado en un espíritu, en un corazón y un cuerpo humanos. He aquí la existencia de Jesús.

Quiso someterse por amor, con plena conciencia, entera libertad y corazón sensible a aquella caída del hombre en el abismo de la nada, consecuencia de su rebelión contra Dios y que sólo podía llevar a la criatura a la desesperación y al quebrantamiento. El aniquilamiento es tanto mayor cuanto más grave es el ser a quien anonada. Nadie ha muerto como Jesucristo, porque era la misma vida. Nadie ha expiado el pecado como El, porque era la misma pureza. Nadie ha caído tan hondo en la nada—hondura terrible evocada por las palabras: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?"—, porque era el Hijo de Dios" (*El Señor*, vol. 2, 169-70).

7. Las teologías oriental y occidental acentúan puntos de vista distintos al explicar en concreto la *doctrina revelada* sobre la expiación y satisfacción de Cristo en representación de los hombres.

a) La teología de los Padres griegos ve, como antes hemos dicho, en el pecado una *perturbación y desarreglo del orden óntico*. La Redención es el restablecimiento del verdadero orden del ser, la liberación de la esclavitud de la muerte y del diablo.

b) La explicación de la teología occidental elaborada en el siglo XI por San Anselmo de Canterbury, y que basándose en la Escritura empieza a desarrollarse en Tertuliano y San Cipriano

con influencias del derecho romano y del concepto germano del honor, ve en el pecado, ante todo, *la perturbación del orden jurídico* y lo interpreta como *ultraje al honor de Dios y ofensa a El*. La satisfacción consistirá, pues, en el desagravio de ese honor ofendido, cosa que no puede hacer el pecador. Y puesto que, según San Anselmo, el agravio debe medirse atendiendo al ofendido, el pecado es una ofensa infinita a Dios. Tan sólo Cristo, Dios y Hombre, podía dar una satisfacción adecuada, pues sólo El podía realizar actos de valor infinito. La satisfacción dada es la vida, doctrina, dolor y, sobre todo, la muerte en cruz de Cristo. Aunque cualquiera acción de Cristo hubiera bastado para dar expiación completa (ya que eran actos humano-divinos), Cristo dió su vida como prueba de amor. Resurrección y muerte de cruz son el premio que Cristo mereció por su obra. Santo Tomás de Aquino desarrolló la teoría de San Anselmo: el sacrificio cruento de Cristo no fué sólo una compensación adecuada de la ofensa hecha a Dios, sino que fué sobreabundante, ya que la ofensa fué sólo moralmente infinita y la expiación, en cambio, fué infinita real y físicamente. La satisfacción de Cristo es infinita en sí y no sólo por el hecho de haber sido aceptada por Dios. Es verdad que para su eficacia redentora necesitaba ser aceptada por Dios. Siendo la satisfacción infinita, la muerte de Cristo satisfizo por todos los pecados: el original y los personales.

c) La victoria sobre el pecado se ve en el hecho de la fuerza satisfactoria y expiatoria del sacrificio de Cristo, que fué aniquilación de la ofensa a Dios. Este proceso puede explicarse así: Cuando Dios entrega a la muerte a su Hijo Unigénito, revela y realiza su amor y justicia de manera tan eficaz que esa revelación no puede ser ya entenebrecida o enturbiada por pecado alguno. Cuando Cristo mediante su entrega presenta y reconoce a Dios como Señor y como justicia y santidad personificadas, y eso de una vez para siempre, la gloria de Dios se revela claramente haciéndose presente en la historia. El amor que sube ardiendo desde el Gólgota hasta el Padre Celestial es más fuerte que todo el odio del infierno; en ese amor se revela que el mundo en el fondo está regido por el amor, es decir, por Dios. Así quedó reparada la gloria de Dios ofendida por el pecado. El pecado es una calumnia contra Dios y un entenebrecimiento de su gloria cuando hace la pregunta de cómo será Dios, si creó este mundo; el pecado hace que sólo con fatiga pueda ser conocido Dios desde este mundo y que, en cambio, pue-

da fácilmente ser pasado por alto. En la Cruz de Cristo se hace patente que Dios es amor y caridad; por el pecado, el hombre sitúa a Dios detrás de las criaturas; en la Cruz se reconoce a Dios como Señor absoluto. Así se satisface la gloria suprema de Dios.

d) Este hecho sólo es claro para el *creyente*. La victoria de Cristo sobre el pecado sólo puede ser afirmada por la fe. A quien sólo vea la parte externa de las cosas podrá parecerle que el pecado sigue siendo furioso e indestructible, incluso después de la muerte de Cristo. La victoria de Cristo no puede demostrarse experimentalmente; sigue siendo invisible, aunque llegará el día en que se haga visible: el día de la segunda venida del Señor. Hasta entonces sólo la fe puede hablar de la victoria de Cristo; por eso no puede ser demostrada rigurosamente a nadie. Aunque existan señales de ella, sólo puede ser explicada, ensalzada y creída. Pero es real. Consiste en que las llamas del sacrificio de Cristo eclipsan el odio y el egoísmo y en que todo aquel que se acoge a Cristo se sustrae a las fuerzas del mal. El furor del pecado es para el creyente como la rabia del encadenado.

8. Podría preguntarse *si Cristo se satisfizo a sí mismo*, ya que dió satisfacción a Dios y El es Dios. Según el sentido inmediato de las palabras reveladas y de las oraciones litúrgicas, la expiación de Cristo se dirige al Padre, a la Primera Persona de Dios, a quien Cristo siempre llama Padre. El Logos fué enviado por el Padre a encarnarse y al Padre se ordena el ardiente amor de Cristo. Según otra explicación, actualmente tenida como *opinio communior*, la satisfacción de Cristo se dirige a la Trinidad. Cristo satisfizo en cuanto hombre; en cuanto Dios recibe la satisfacción junto con el Padre y el Espíritu Santo.

Es totalmente acertado lo que dice el P. Lippert (*Credo. Der Erlöser*. 1950, 253-55). "Esta fué una vida a la que por fin pudo mirar Dios con satisfacción completa. He aquí que mi siervo obra como corresponde y salva así verdaderamente el honor de Dios. El pecado fué una desfiguración de la imagen divina: enturbió su luz, que antes brillaba en el mundo; su revelación creadora cargó con rasgos que estaban en violenta contradicción con su verdadera imagen. Frente a todas esas limitaciones del honor divino, Jesús reparó la gloria de Dios de una vez para siempre; la calumnia y desconocimiento del ser de Dios fueron reparados y plenamente compensados; así satisfizo Cristo por nosotros a Dios Padre (Con-



cilio de Trento, sesión 6.<sup>a</sup> cap. 7), pagando el rescate a que estábamos obligados por nuestro pecado. Una satisfacción tan perfecta como la que Jesús dió, ni el mismo Dios podía exigirla. Este Hijo del Hombre no fué una imagen atenuada y segunda de la esencia divina, como las demás criaturas; en El se reveló Dios personalmente como hombre y directamente se dió a conocer tal como es. Y he aquí que fué camino, verdad y vida lo que se ofreció al mundo caído y extraviado. Una vida tan pura, fiel, sacrificada y sencilla no se había visto jamás. ¡Tan auténtico y verdadero, tan noble y humano! Entrega y dignidad, fuerza y bondad, sabiduría y sencillez estaban unidas de manera maravillosa. De haber vivido Jesús en el más apartado desierto, invisible a ojos humanos, su sola presencia en la tierra hubiera clarificado y elevado la vida. Dios es la luz y vida y Este es su imagen más fiel y verdadera; contra ella nada puede la calumnia. ¿Cómo será posible que nos engañemos ya respecto al ser de Dios? Aunque manaran arroyos de sangre sobre nuestros ojos no podríamos equivocarnos; aunque todos los hombres se deshumanizaran aún más y los animales se hicieran más feroces, seguiríamos creyendo en la santidad. De hecho, esta imagen tan fiel de Dios no se ha encarnado en uno solo; existen otras imágenes parciales de la bondad y belleza de Dios: hombres verdaderamente semejantes a Dios han existido siempre en su reino. La venida del Hijo reveló a Dios como creador y fuente de vida, de la que brota la filiación, y dondequiera que vaya el Hijo brotará vida divina, comunicación vital, tal como ocurre en los hijos del cuerpo; su ser y su venida hacen nacer la filiación divina. Junto a este lenguaje mudo y callado tenemos la súplica ferviente del Corazón de Cristo, que se alza sin cesar pidiendo por sus discípulos y su pueblo, por los elegidos y por toda la Humanidad. Todo cuanto hizo y padeció en su dolorosa condición de siervo, lo tomó en sus manos traspasadas y lo presentó al Padre en expresión conmovedora de su voluntad suplicante. Sobre todo su muerte corona cruenta de su vida... caído y en el campo de la muerte la tomó con decisión y anhelante la ofreció a Dios como señal visible del sacrificio y expresión de la decidida voluntad con que se entregó a sí mismo y todo lo que le pertenecía: su cuerpo inmaculado y su preciosa sangre, todo en voluntaria renuncia y desprendimiento sin reserva, con adoración pura y total ante el Padre para que se abrieran las puertas del Cielo largo tiempo cerradas. Jamás hombre alguno hizo una imploración semejante con los brazos extendidos hacia Dios, postrado de rodillas; el hom-

bre único que lo hizo fué el mismo Unigénito Hijo de Dios; y fué el Padre, el sin principio e increado, el principio de todos los comienzos, el que recibió esta súplica reverente, ardiendo en el fuego del Espíritu. Esta petición nunca tuvo las puertas cerradas; llegó al Cielo y no se detuvo ante el trono del Dios Trino, sino que penetró en lo más íntimo de la vida divina, en el círculo de las relaciones vitales y personales de Dios; se hizo diálogo, en la más oculta intimidad, entre el Padre y el Hijo; diálogo en el lenguaje de su mutuo amor personal, en el lenguaje propio de Dios”.

9. La satisfacción de Cristo es al mismo tiempo *mérito*, en cuanto que el obrar de Cristo es digno de premio.

a) El concepto de “mérito” quedará más detenidamente explicado en el *Tratado de la Gracia*. Mérito es una acción digna de premio y el premio mismo. Para evitar los malentendidos que muchas veces se implican en los conceptos de mérito y premio, tiene decisiva importancia tener en cuenta la clase de premio que se promete al hombre en la Escritura. Cuando Cristo promete como premio la justicia a los que tienen hambre y sed de ella, lo que se da como premio no es un don externo que corresponde a una acción determinada, sino un valor interior que nace de la propia intimidad. El premio es la eficacia de la entrega del creyente a Cristo causada por Dios: es una más fuerte incorporación a Cristo y mediante El a la vida trinitaria de Dios; es el enraizamiento vital en Dios y en último término la inundación de cuerpo y alma (conciencia) por la gloria de Dios. Este premio es como el madurar y crecer vegetal.

b) Al hablar de que Cristo mereció por su muerte en cruz, queremos decir que Cristo alcanzó con su muerte un estado en el cual se reveló en El la gloria oculta de Dios, irradiando luz su cuerpo, inundando su sentir y su espíritu de tal manera que ya no pueden adueñarse de El el miedo o la angustia; queremos decir un tránsito de un estado de humillación a otro de encumbramiento, de resurrección y de subida a los cielos. Esto “mereció” Cristo con su dolor y muerte, porque esa era la determinación del Padre. (*Lc.* 24, 26-46; *Io.* 17, 19; *Rom.* 5, 19; *Phil.* 2, 8; *Hebr.* 2, 9; 5, 9).

c) Lo que Cristo *mereció para El*, nos lo mereció *para nosotros*, pues El es en todo nuestra Cabeza (cfr. *Jo.* 15, 5; *Rom.* 3, 24; 7, 25; *Eph.* 1, 3; 2, 5-10; *II Tim.* 1, 9; *Hebr.* 5, 9).